

José María Gómez Gómez
“Isabel La Católica”

Fuera de Ciclo, el Salón Príncipe del Casino de Madrid, acogió el miércoles 13 de octubre la conferencia que bajo el título “Isabel La Católica” pronunció el Catedrático de Lengua Española y Literatura y Gran Maestre del Capítulo de Caballeros y Damas de Isabel la Católica, José María Gómez Gómez. El Presidente del Casino, Mariano Turiel de Castro, tras pronunciar unas cálidas saluciones, cedió la palabra a “nuestro consocio y amigo”, Vicente Bosque Hita, quien se encargó de presentar al ponente y destacar su amplia trayectoria profesional.

Por su parte, el conferenciante, José María Gómez Gómez, tras el saludo inicial y los pertinentes agradecimientos, el Gran Maestre comenzó su alocución resaltando la ocasión que se le brindaba para hablar de Isabel la Católica, “algo que es para mí un placer y un deber. Un placer, como entusiasta que soy de la figura histórica de la incomparable Reina... y un deber como Maestre del Capítulo de Nobles Caballeros y Damas de la Reina Isabel la Católica...”, puntualizó.

“Agradecimiento también, y sobre todo, porque el escenario para hablar de Isabel la Católica es el prestigioso Casino de Madrid en el centenario de la inauguración de su espléndido edificio, y en la adecuada fecha de la Hispanidad”, concepto que no dudó en emplear repetidamente como muy adecuado y “necesario” para nuestro tiempo.

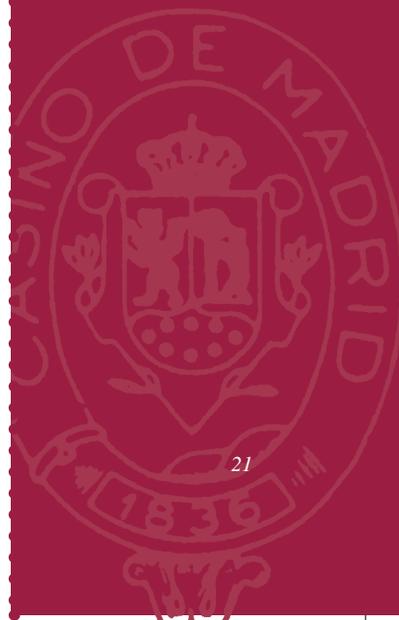


Abordó el tema de su conferencia llamando la atención sobre la circunstancia curiosa de que Isabel la Católica, una de las figuras históricas más zarandeadas y perseguidas por la leyenda negra, sea al mismo tiempo la que más alabanzas y admiración ha suscitado entre sus contemporáneos y en la unanimidad de los más serios y documentados historiadores que han abordado el estudio de su personalidad y de su época. Y citó a Bernáldez, Pulgar, Fray Hernando, Sículo, Pedro Mártir, Oviedo... y los actuales: Luis Suárez, el P. Tarsicio de Azcona, Vicente Rodríguez Valencia, José M^a Gil...

Sintetizó el orador en cuatro las calumnias que la Leyenda Negra ha venido repitiendo para desvirtuar la grandeza histórica de la figura de Isabel la Católica:1) Se acusa a Isabel de haber usurpado el trono a su sobrina Juana, llamada la Beltraneja.



“He desmontado uno a uno los falaces argumentos de la Leyenda Negra, tanto en la cuestión sucesoria, en la instauración de la Inquisición, en la Expulsión de los Judíos y el trato con los indígenas”.



“El legado de Isabel es imperecedero, abolió privilegios de los nobles más desaprensivos y restituyó para la Corona las rentas disipadas por la debilidad de su hermano Enrique IV”.



2) Se le achaca la instauración y el rigor del Tribunal de la Inquisición. 3) Se le imputa la Expulsión de los Judíos como medida intransigente y racista.

4) Se la considera culpable del comienzo del exterminio de los indígenas americanos.

Entre los hombres de cultura que, en los últimos años, se han hecho eco de las acusaciones de la Leyenda Negra y no han tenido reparo en utilizarlas para menoscabar la fama de santidad de la Reina, citó a Shlomo Ben Ami y Antonio Gala, entre otros. En cambio, entre los defensores mencionó al norteamericano Philip W. Powell y el eminente estudioso español Luciano Pereña.

Con minucioso y abrumador bagaje de citas y alarde documental, José María Gómez fue desmontando uno a uno los falaces argumentos de la Leyenda Negra, tanto en la cuestión sucesoria de Castilla, en la instauración de la Inquisición, en el tema de la Expulsión de los Judíos y en el no menos escabroso del trato con los indígenas americanos.

De esta manera concluyó haciendo suya la célebre valoración del humanista Baltasar di Castiglione, cuando llegó a Toledo, dieciséis años después de la muerte de la Reina:

Si los pueblos de España, señores y privados, hombres y mujeres, pobres y ricos, no se han puesto de acuerdo todos para mentir, entonces tengo que decir que no ha existido en nuestros tiempos ejemplo más claro de verdadera bondad, de grandeza de espíritu, de prudencia, de religión, de honestidad, de cortesía, de liberalidad, en suma, de toda virtud, que la Reina Isabel; especialmente, como Reina, el que “todos los que la conocieron afirman haber existido en ella una tal divina manera de gobernar, que parecía casi que solamente su voluntad bastaba por mandamiento”, porque “senza altro strépito”, “cada cual cumplía con su deber, sin que apenas alguno osase, ni en privado, ni en el secreto de su casa, o posada, hacer cosa que a ella le pudiese pesar”.

Sin embargo, a pesar de este reconocimiento prácticamente universal de sus contemporáneos y de los estudiosos más documentados, no han faltado reparos, incluso despiadados ataques, hacia su figura, todos los cuales vienen a resultar así alardes cainitas y ecos lastimosos de la Leyenda Negra.

“Pero lo que hace verdaderamente imperecedero el legado de Isabel la Católica en España, y la inmortaliza como estadista irrepetible, es”, vino a decir José María Gómez, “su concepto de Justicia para todos, aboliendo privilegios de los nobles más desaprensivos y restituyendo para la Corona (hoy diríamos “el Estado”) las rentas disipadas por la debilidad de su hermano Enrique IV. Isabel la Católica da un golpe de gracia al feudalismo e inicia el ascenso del pueblo llano y de la burguesía. En el Consejo del Reino trabajaban letrados universitarios, entendidos en leyes y honrados hasta la médula, verdaderos defensores de España, que procuraban el bien común cohesionando los distintos reinos y procurando la unidad contra los privilegios separatistas y autonómicos de la nobleza. Isabel la Católica recuperó todas las transferencias de privilegios, rentas, juros, alcabalas, etc., que se habían malbaratado y disipado en el reinado anterior. Por ello el pueblo vio a Isabel como un ser divino, tocado de la divinidad, aureolada de una fuerza sobrenatural, definida por Castiglione como “divina manera de gobernar”.

Ahondando más aún, el profesor y Gran Maestre José María Gómez insinuó el tema de otra conferencia complementaria: la santidad de la Reina Isabel y su posible ascenso a los altares, honor que anhela fervorosamente toda la Iglesia Católica. Pero eso es motivo sobrado para otra ocasión.

